

El inquilino

En este lugar sigo sin encontrarme del todo cómodo, no termino de hacerme. Ya va siendo tiempo de que cuelgue alguno de los cuadros que me regaló María y saque de esas cajas las novelas que durante los últimos años he ido comprando para leerlas cuando me jubile. Colocarlas en alguno de esos estantes que aún tengo vacíos será buena idea. Así estos con los que comparto espacio, si se equivocan, podrán echarle aunque solo sea un vistazo de vez en cuando. Lo de no tener todavía cama es lo que más aspecto de provisionalidad da a mi estancia aquí. Si algo tengo claro es que eso no se corresponde con la realidad. Además tampoco duermo mucho, cuando estos se piran es cuando más aprovecho, así que no me preocupa demasiado. Tengo un sillón que me ayuda en los traspuestos de mi pequeña habitación. Sí fue uno de mis innegociables, una habitación, la más pequeña, a la que solo yo tuviera acceso. Sigo pensando que estas paredes me quedan grandes, demasiado espacio, pero no me atrevo a meter a más de los que ya estamos, veremos, ya cuesta que nos organicemos como para más líos. Lo que peor llevo de esta convivencia es el desorden y mira que trato de poner de mi parte para que todo se encuentre en su sitio, a veces los malentendidos o la cara dura provocan que la energía me baje a los pies. Al resto parece que no les influye, como si no fuese con ellos. También reconozco que yo tengo parte de responsabilidad, debo seguir perfeccionando mis formas de decirles las cosas.

La noche es lo mejor. Cuando supongo que duermen, cojo la linterna de pila de petaca, ¿seguirán existiendo este tipo de pilas?, tendré que buscarlo en la Wikipedia. A veces tengo sensaciones raras, como si lo que consulto aún no existiera, será cosa de viejos. Lo que decía, que me enrolló, cojo la linterna y me voy a la biblioteca. Y observo, a veces percibo un mar de ideas que han quedado flotando, están en el limbo bibliotecario que yo llamo. Según sus intensidades soy capaz de reconocer quién estuvo reflexionando a cerca de ellas. Otras, las más, no queda ni rastro y las devuelvo a sus contenedores. El resto del tiempo repaso, desde el principio, hay detalles que parece es la primera vez que me tropiezo con ellos. Según lo que me entretenga con algún ejemplar nuevo, la mañana llega antes o se retrasa algo. Apago la linterna, estos ya empiezan a moverse.

En las caras de hoy veo lo mismo que el semestre pasado y que el año anterior y que el anterior. Hoy el día tiene pinta de chungo, y además traen gente que no he visto por aquí nunca, luego pretenden que me comporte, pero si no hemos practicado, no sé como hacer con gente que no me conoce.

Lo que peor llevo es que el administrador de la finca sigue sin hacerme ni caso. Se empeña en convertir mi relación con el resto en una especie de *gymkhana*. Hay que cumplir los plazos, hay que cumplir los plazos, correr, correr, correr, da igual, da igual. Miento si digo que no lo intento. Creo que hay veces que se olvidan de mí. Sí, sí, es muy importante, es lo más importante, pero a la hora de la verdad, no llegamos, no llegamos, corre, corre, corre, deja el contexto, deja el contexto, el programa, hay que cumplir el programa. Es el calentón mañanero, cosa de viejos.

Por lo menos el de hoy busca comprobar si saben, eso me alivia algo. Otros se contentan con comprobar si han memorizado, si relacionan, si tienen suerte, o que por desidia traen el mismo del año pasado, estos últimos prefieren la interacción social, tampoco es que este mal, pero no creo que se trate de eso.

Aquí entran. Bueno, de Alejandro ni me preocupo ya está apuntando con su lápiz de mina suave el esquema en el pupitre, ni me echa en falta, no me tiene entre sus prioridades, no quiere decir que le vaya a ir mal. Uf! Rocío, anoche hubo farra vamos a ver cómo hacemos. Rápido a mi pequeña habitación, volumen de mentes atocinadas, a ver que encuentro. Penélope, esta basta con mirarla, le viene de golpe. Roberto y Sofía, aquí traigo sus limbos bibliotecarios, espero que no hayan caducado. Con Matilde tengo una gran duda, no nos comunicamos y no se cómo lo hace, lo que se es que no me conoce, hoy espero descubrir su truco. Rebeca viene que cree que se acaba el mundo, pero en cuanto pone su nombre, la mano empezará cual instrumento independiente del resto del cuerpo, como con vida propia, a escribir, a escribir, a escribir y será la última en entregar. Es como una botella de espumoso, es como un fuerte dolor de cabeza que se libera con el "ya pueden empezar". Dos horas de curro, es la tarea que menos me gusta, hay momentos en que esas telas de araña son tan fuertes que no logro desatascarlos para que sigan tirando del hilo. Tengo que seguir mejorando.

Siddhartha, El lobo estepario, Rastro de un sueño. No, no, todos seguidos, no. Mejor los coloco mezclados, mejor ir descubriendo por casualidad. Que ellos den contigo, con eso me conformo. Es imposible que me hayan conocido del todo, es imposible, soy un viejo bastante complejo. Me quedo con los que han visto la hebra, de eso se trata, de ver la hebra. Algunos y algunas seguirán tirando, hilvanando. Seguiremos en contacto siempre, aunque abandonen estos largos pasillos y estas paredes que me siguen pareciendo grandes. Aquí no vendría mal aquel óleo, un ciclista que huye después de la tormenta a través de un campo de girasoles, que me regaló María. Quién sabe.